

XIII

RE
LA
TOS
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 1 1

SEGUNDO PREMIO
Y todo por la lluvia
Ramón Darío Tarruella

Y todo por la lluvia

Ramón Darío Tarruella

El trato se cerró en un bar de la calle 4 y 35. La moza, que servía el vino con la mano izquierda, de dientes potentes y palabras torpes, nos advirtió que la entrada se demoraría unos minutos. La noche comenzó con una llovizna molesta, sin frío, situación extraña a mediados de agosto, cuando aún las bajas temperaturas no se sentían. La lluvia venía anunciándose desde la mañana y comenzó con una llovizna en aquel bar, cita prevista un jueves y una semana antes para sellar el trato, en donde pedimos una contundente picada completa para tres.

Apenas llegó la picada, se desató un viento huracanado, el prólogo a la tormenta, inmediata. Y el trato se selló en minutos, los datos del sujeto, sus lugares y horarios, un moroso y posible delator, un moroso al

que había que anotar de su deuda; mi paga en dos partes, y entonces, ellos, hombres sin apellidos, tomaron los abrigos de los respaldos de las sillas y se fueron, un saludo con prisa, huyeron temerosos de mojar sus trajes, importados, de cruzar las esquinas borboteando agua, atravesar el Camino General Belgrano en la adversidad. Dejaron unos pesos debajo de la fuente de la picada. Y huyeron.

Lo mismo ocurrió con los ocupantes de las otras mesas que pronto suspendieron los pedidos; primero salió una pareja de treinta años, pisándole los talones a los hombres de trajes, mis empleadores, luego se despidió el matrimonio con dos hijos que devoraban impiadosos las papas fritas. Todos ellos salieron del bar, en pasos desordenados, encogiendo sus cuerpos para resistir el ventarrón.

Esa noche, en la que perdí por segunda vez en el año la cartuchera con todos mis útiles de trabajo, uno de mis trabajos, decidí terminar la picada y el resto del vino, y contemplar la tormenta en el bar. Guardé los pesos que dejaron debajo de la fuente, junté un bocado de queso y de jamón del campo, uno encima del otro, y allí quedé, las piernas desplegadas hasta llegar a la otra silla, ahora vacía. La moza, de dientes potentes, con un delantal uno o dos números mayor que su talle, ordenó primero la mesa del matrimonio, juntando las papas fritas dispersas alrededor de los platos de los chicos. Cuando volvió a la mesa, luego de llevar los platos, sacudió el mantel para que las migas cayeran en el piso, algunas incluso llegaron a mis pies, y acomodó, sobre la mesa, luego del mantel, los cuatro platos nuevos, boca abajo, y el cenicero en el centro. Me echó una mirada

desprejuiciada. Definitivamente, tenía una dentadura gigante y desapareja. ¿Lo abandonaron sus amigos?, me preguntó, al borde de la mesa. Así parece, respondí.

La otra moza apareció en el salón sin el delantal, el pelo desatado, una campera de jeans y la cartera sobre el hombro izquierdo. Detrás de ella, un hombre alto y gordo, con gestos de cocainómano, comiéndose las uñas, los ojos inquietos, aceleró el saludo a la otra mujer, la única que quedaba con ropa de moza y trabajando de moza. Le dejaron un beso y salieron juntos. De espaldas descubrí que con su mano derecha el hombre abrazaba el casco de una moto. Eché un vistazo por la ventana. Comenzó la lluvia. Tan furiosa la lluvia que apenas divisé dos siluetas, desaparejas, ella, petisa y flaca, él, un osobuco con patas. Cercanos a la puerta, al finalizar el pasillo de entrada, el hombre llevaba la moto con ambas manos, sin encenderla y el casco puesto.

Me llené la copa de vino, solo en el salón, y la lluvia antojadiza, inundó en minutos las canaletas y los desagües del bar, y asfixiando a la ciudad, en la misma donde perdí por segunda vez en el año mi cartuchera con los útiles, desde lapiceras de diferentes colores hasta una abrochadora chica, del tamaño de la palma de mi mano. La perdí en un micro que unía un rincón a otro de la ciudad, de Olmos a Plaza Moreno, orillando los diferentes barrios en una hora de recorrido. Y yo, dormido y con el diario desplegado sobre mis piernas, a mitad del recorrido perdí, por segunda vez en el año, la cartuchera, y nuevamente, a comprar todos los útiles en una buena librería del centro.

Extraño día, deduje, jueves y contemplando al salón más grande que nunca y la única moza que ahora, sin

delantal, comenzó a subir las sillas sobre las mesas, dejándolas patas arriba, primero las mesas cercanas al mostrador, las más grandes, para seis personas; de a poco fue llegando a mi lugar, yo, con las piernas echadas hacia delante, restando aceitunas del platito, continuaba la picada, suficiente como cena, y ella que alzaba con ambas manos las sillas, sin importarle que en cada movimiento demostrara sus pechos robustos, ocultos debajo de un suéter holgado, y desde el fondo del salón, el sitio donde los mafiosos suelen sellar sus trabajos, apreciaba también sus piernas, frescas, intrépidas. Se movía con soltura, en movimientos acelerados.

Y en esos instantes en que ella se acercaba a mi mesa, ocupada en la misma tarea, pensé esa misma situación en verano, una remera ajustada o un escote, la pollera más corta, pero era invierno, tal vez el día más lluvioso del año, y por eso me encontraba en el bar, con una picada ordenada sobre una tabla.

Cuando ella se arrimó a mi mesa, invirtiendo sillas, dos hombres aparecieron detrás, por el mostrador. Me saludaron con un movimiento de cabeza y uno de ellos me preguntó, apuntándome con el mentón, si quería algo de la cocina. Y con ellos listos para salir, los abrigos en la mano, sin delantal y con el horno apagado, qué podía entonces yo responder. Les agradecí y de inmediato se le animaron a la lluvia, salieron, sin demoras, cubiertos con la parte superior de sus camperas.

El salón quedó a solas y con las sillas subidas a los bordes de las mesas, patas arriba, salvo una, la más cercana al mostrador, al borde del pasillo que conducía a la cocina, en el otro extremo. En el silencio, la lluvia era la gran protagonista, golpeando los techos, bajando

por las canaletas, adhiriéndose a las ventanas, con una intensidad que parecía aumentar a cada minuto.

Terminé la copa. Y la llené. Continué con la picada, dos bocados, combinación de queso y salami picado fino.

Y apareció la moza, con una botella de vino por la mitad y un vaso. Me dejó una sonrisa y retornó al interior de la cocina.

Creo que demoró más de lo posible, al menos eso pensé, mientras disfrutaba del vino, y recordaba el micro donde perdí mi cartuchera, al salir de un colegio de Olmos, donde daba Geografía de segundo año, título que obtuve en un terciario, nocturno, y que me permitía subsistir, repartiendo las mañanas en tres escuelas. Y durante las tardes, en épocas de encargo, esperaba órdenes para la noche, porque esos trabajos se realizaban en horas clandestinas y en esquinas turbias, con hombres a los que fácilmente me acostumbré porque tal vez con ellos crecí, y porque tal vez esa profesión la heredé de mi padre, que supo tratar con hombres escurridizos y tercos, siempre alertas, por quienes perdió la ética, el hígado y al tiempo, la vida, en una noche de domingo luego de un negocio mal llevado, porque de mi padre heredé la profesión, de la que nunca se jubila, como bien decía él, antes de la balacera.

La Geografía la elegí para ubicarme, encontrar coordenadas y nombres, por ejemplo, en aquella noche de jueves, rodeado de una lluvia que todo lo paralizó, por momentos me parecía el sitio de una ciudad lejana, a conocer, pero tan solo la moza me ubicaba en el lugar, ella, que ahora se disponía a cenar lo que los últimos

dos cocineros le dejaron, un intenso plato de tallarines con salsa y mucho queso rallado. Se sentó a la mesa, al otro lado del salón.

Hay más, ofreció.

Negué con un movimiento de cabeza. Buen provecho, y le indiqué mi fuente con picada, suficiente. La vi comiendo tallarines, llevando trazos amarillos a su boca con un tenedor hábil, ella, agazapada frente al plato, cenaba rápido, despreocupada de mi presencia. De tanto en tanto le echaba una mirada, y en esos minutos, estacionados, pensaba que nunca había visto a una mujer comer tallarines, tarea difícil llevar esas pastas con decoro a la boca, y pensé también, a poco de terminar la copa, que nunca agasajaré a una dama con tallarines, ya sea en mi casa o en un barzuchó.

A mitad del plato, se dio un intervalo para beber, un corpulento tinto, en un vaso retacón, siempre de oferta en los bazares de estación. Y de un momento a otro, cuando ella apresurada finalizaba su cena, advertí que la copa que recién me servía era la última. La botella, vacía. Y la bodega del bar, intacta. Vivía, intermitente, de negocios sucios, pero jamás usé un arma para robar. Menos, vino. Por eso, la bodega, a metros, se volvía posible, sin riesgos, porque la lluvia no cesaba y los dos, desamparados, qué más podíamos hacer.

Igual alcé mi copa, tomé un trago, lento. Y ella, repasaba su plato vacío con un pedazo de pan, lo untaba en los bordes, con saña, tampoco esos gestos vi en una mujer.

Con una sonrisa y la copa en alto, casi vacía, le festejé su cena, y ella me respondió alzando el pulgar de

su mano derecha. Y metió un cigarrillo entre sus labios poderosos, lo encendió, primero, echando un humo desprolijo, y luego, antes de que me diera cuenta que se trataba de un porro, me ofreció la botella de vino, venga, sírvase, mientras echaba una pitada, profunda, bien encendido.

Y con la copa en la mano, ella expresó el gesto preciso para que yo me sintiera cómodo, evitando torpezas. Apenas una mueca con su boca, quizá una sonrisa, un leve movimiento de las cejas. Y mientras me servía vino, ella ofrecía, en ese gesto, lo que tenía a mano, mientras afuera, la lluvia despedazaba la ciudad.

El cigarrito lo rechacé. Con el vino regresé a mi mesa.

¿A qué se dedica?, preguntó con voz gutural, imprecisa, entre sílabas que se desarmaba por el humo, interminable. Mejor dicho, ¿a qué te dedicás?

Dudé de cuál de las dos profesiones hablar. Su ritmo permitía un intervalo. Tranquilo, entonces, con el sabor del vino, nuevamente, dejé que la pregunta se diluyera en su sobremesa, con el gusto de la marihuana.

Y en ese intervalo, busqué recuerdos comparables a ese momento. Pocos. Por mucho menos, yo me hice de amigos.

No puedo mentirte sobre mi trabajo, agregó ella, vos hacelo con ganas. Desenfadada, disfrutó de la broma y desparramó su risa sobre el plato vacío.

Me gustó verla con el cigarrito en la boca, bebiendo vino, con la soltura de los fumadores de marihuana. Y en

ese momento, pensé en confesarle mis dos profesiones, en realidad, de una de ellas podía hablar y decirle por ejemplo, que con una carpeta colmada de trabajos prácticos y pruebas, de mapas calcados de una y otra región, de este u otro continente, repartía las mañanas en una escuela de Olmos, a dos cuadras de la cárcel, y otra en el barrio de Los Hornos; la otra, la tercera escuela, en un barrio de City Bell, privada, con lomos de burro en las calles aledañas para reducir la velocidad de los autos de los hijos de ingenieros y abogados, podía contarles, entonces, que mi profesión legal me ocupaba tres mañanas, los tres días que llevaban “r”, gracias al título que me dio un instituto terciario, una carrera de cuatro años, podía contarle también que pertenecía al honroso síndico de docentes, cobrando el quinto día hábil de cada mes, y que yo también hacía colas en los cajeros para chequear la cifra que depositó el gobierno de la provincia, que también participaba de las jornadas de perfeccionamiento docente, ocupando la mañana entera discutiendo temas que proponía el titular de Educación, que me reunía en la sala de profesores a escuchar quejas de alumnos, los mismos apellidos por cada curso, podía dedicarme el resto de la noche a relatar los gajes de ese otro oficio, mientras ella ahora tosía, con esmero, luego de una pitada larga, que incluyó alguna semillita sin picar y por eso la tos no paraba y por eso necesitó un trago de vino, un sorbo largo.

De a poco recuperó la postura, erguida, contra el respaldo de la silla, el cigarrito otra vez en sus dedos, y otra pitada, mesurada, cauta.

No me respondiste, recordó.

Y entonces le dije de mi título de profesor de geografía, de los tres escuelas, de los cursos y la

cantidad de alumnos. Ella, de vez en cuando, me interrumpía para preguntar algo de la profesión, la legal. Y asentía, con un leve movimiento de cabeza, se mostraba dispuesta a escuchar un sinfín de detalles y anécdotas. El tiempo estaba de nuestro lado.

Me acerqué a su mesa en busca de otra copa. Ella, plácida, su mano derecha en el vaso, el cigarrito, esperando en el cenicero, las dos piernas estiradas hacia delante, juntas en el extremo. Llevaba zapatillas deportivas, blancas, con abrojos en vez de cordones.

Esta vez, ella me sirvió vino, sin moverse, apenas un ligero movimiento de su mano derecha sobre mi copa.

Olía bien el cigarrito.

Al regresar a mi lugar, a la distancia, observé la mesa. Los restos de picada, dispersas en la fuente, el matambre y la mortadela, intactos, pocas aceitunas y nada de salami, jamón y queso, evitaba los fiambres con “r”, alguien, alguna vez, quién sabe cuándo y por qué, me aconsejó, y así cumplí. Al lado de la fuente, la panera. Un cenicero sin uso y servilletas apiladas, la botella de vino, vacía. Y en una esquina de la mesa, la carpeta con los datos de un moroso que adeudaba unos miles de dólares. El trabajito.

Me acomodé a la mesa, estirando las piernas, igual que ella, yo con zapatos, sin lustrar. Tomé la carpetita y la abrí.

¿Estás repasando la clase? ¿Te aburrí?, inquirió, moviendo apenas los labios.

Datos de mi otro trabajo. Soy gángster también. Ella otra vez desparramó su risa de marihuana sobre la

mesa, y acurrucó su cuerpo sobre el respaldo de la silla, encogiendo las piernas, las rodillas juntas debajo de la mesa.

Continuaba riéndose, la dentadura ostentosa. Movía la cabeza con violencia, perpleja, sacudiendo su cola de caballo que le rozaba un hombro y el otro.

Me arrepentí.

Fumó dos pitadas. ¿Y las armas?, una nueva pitada, ¿Por qué no vestís de negro?, pitada suave, breve. ¿Y la chaqueta y el sombrero? Sus preguntas se ensuciaban por las carcajadas, que hacía de su cuerpo una silueta destartalada, que se armaba y desarmaba antes y después de cada pregunta.

Eché un vistazo a la ventana, intentando descubrir alguna figura en el pasillo del restaurant. Apenas se veía una mancha oscura, de fondo. La enredadera, justo frente a las ventanas. La lluvia no menguaba.

¿A qué te dedicas? Asesino a sueldo. Sicario. Narco. Secuestrador. Extorsiones.

Eficaz la marihuana, deduje, mientras la enredadera tomaba forma. Ya podía divisar su color verde y parte de su extensión. Me acostumbré a distinguir objetos y siluetas detrás de la lluvia.

Contame, no te enojés... su voz cobró postura. Olvídate. Fue una broma. Se acabaron las preguntas y las carcajadas disonantes, se volvió cordial y me ofreció vino, nuevamente, y el cigarrito, pidió disculpas otras tantas veces, aunque de vez en cuando se le escapaba una risa, simulada bajo una tos efímera, forzada.

Incluso, cruzó las mesas para llenarme la copa, a pesar de que yo tenía vino suficiente, y lo sirvió como se debe, inclinando la botella tres cuartos, con la mano derecha. Me preguntó algo más y volvió a su lugar. En su trayecto, advertí que se había cambiado la pollera por un vaquero holgado, color negro. En la parte superior, encima del bolsillo derecho, se destacaba un rectángulo vacío, donde tiempo atrás existió la marca.

Se sentó como antes. Otra vez, las zapatillas blancas cruzando debajo de la mesa.

Contame la verdad. ¿Sos gángster o profesor?

Profesor.

Me quedó mirando fijo, con una mueca de dudas en sus labios, frunciéndolos, demostrando que su boca podía adoptar un tamaño normal.

Evité su gesto, allí congelado, permisivo. El tiempo, siempre, de nuestro lado, permitió que la lluvia se volviese protagonista, rodeando el restaurant, cercando la ciudad, postergando reuniones y vaciando locales nocturnos.

¿Te puedo creer?

Asentí con un movimiento de cabeza. Se terminó, ella, lo que quedaba en la botella de vino, sin invitar. En movimientos lentos, se paró, apartando la silla. La sonrisa se le había trasladado ahora a los ojos. Eficaz la marihuana.

No te creo. Se acomodó el cuello del suéter. Sus pechos, a la distancia, emergieron altos, sólidos.

Y se alejó de la mesa, sin palabras, llevándose la botella vacía. Al llegar al mostrador, y antes de perderse en la cocina, vi otra vez el pantalón negro, la parte de la marca, vacía, y sus zapatillas deportivas, blancas.

No busqué siluetas detrás de la lluvia. Cerré la carpeta y tomé un trago de vino. Me llevé un pedazo de pan a la boca, solo, por aburrido, porque la lluvia se volvió monótona, mis respuestas no abrían diálogos y ella se demoraba.

Regresó con otra botella de vino, casi llena, panzona y petisa, etiqueta roja y letras góticas, abierta. En la otra mano, un mazo de cartas y una lapicera.

Pasó por su mesa, y sosteniéndolo con dos dedos, tomó el vaso. Llegó a mi mesa. En el interior del vaso, quedaron impresas las yemas de sus dedos. El mazo de cartas era de cuarenta.

No te creo, insistió.

Juntos acomodamos el resto de la picada y el pan en un plato. Dejaste algunos fiambres, descubrió. La fuente y la panera, vacías, las llevó a la mesa de al lado, ubicándola entre las patas de una silla. Son fiambres que llevan “r”, advirtió. Por eso, la docencia para los días “r” y los negocios sucios, para los días sin “r”, respondí. Ella sonrió con los ojos, en su boca, en cambio, se prolongó un gesto confuso.

La botella la dejó en el centro, y comenzó a mezclar las cartas, con destreza; caían sobre su mano derecha con una rapidez asombrosa, yo no advertía cuándo terminaba de caer el mazo entero sobre la mano y cuándo volvía a barajar.

¿Escoba de quince o truco?, propuso.

Escoba de quince, elegí, sin “r”. Ella tomó una servilleta y dibujó dos columnas, en el extremo de una de ellas, escribió la letra V.

Ricardo, le dije, y entonces ubicó la letra R en la parte superior de la otra columna. Y luego mezcló las cartas, por enésima vez. Observé mi copa y su vaso. Había suficiente vino. La botella, de letras góticas, esperaba. Aparentaba un tono soberbio.

Años hacía que no jugaba a la escoba de quince. Noche particular aquella. Y todo por la lluvia, que afuera, sin treguas, despedazaba la ciudad.